This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

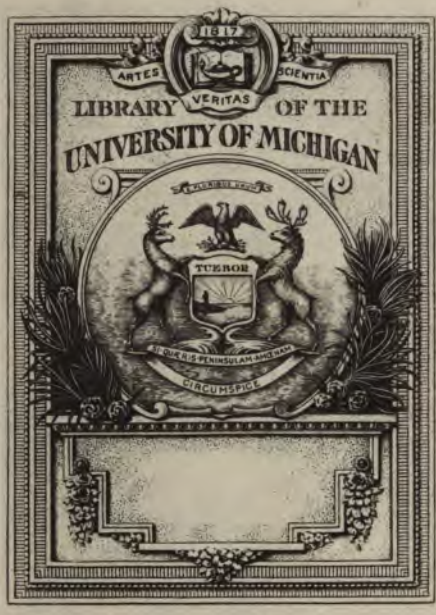
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



THE GIFT OF

Philip E. Bursley

CAZAR EN VEDADO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EL MARQUES DEL PINAR.	*D. Pedro Sobrado.*
DON GONZALO.	*D. Florencio Romea.*
JUAN-JUYE.	*D. Antonio de Guzman.*
CRISTOBAL.	*D. Ignacio Silvostri.*
LA MARQUESA DEL PINAR.	*D.ª Carmen Corcuera.*
LA CONDESA DE..... . . .	*D.ª Matilde Diez.*
BEATRIZ.	*D.ª María Córdoba.*
CATUJA.	*D.ª María Vierge.*
UN CRIADO.	*D. Antonio Sanchez.*

Labradores de ambos sexos.—Criados.

La accion pasa en Andalucia.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ánte la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Puede representarse con las enmiendas que he creido conveniente
Tarragona 6 Obre 1862
El Censor

GAC
(3.26-57)
5-11-93

Acto primero.

El teatro representa una campiña frondosa: á un lado el cortijo de Juan-juye.

ESCENA PRIMERA.

CATUJA. CRISTOBAL.

Cristobal. Vaya, vaya! pues, Catujilla, has hecho buen negocio! A los dos dias de casada, ya tu marido te ha dado que sentir?

Catuja. Sí, Cristobal: mira tú!

Cristobal. Y cómo se ha gobernado para dejarse pillar?

Catuja. Como se gobierna siempre: porque es mas tonto! Nada: que yo le dije, digo, mira, Juan-juye, para mañana tengo convidadas á comer un gazpacho á mis primas; pero no es cosa de celebrar nuestra boda con gazpacho á secas: á ver si sales y traes algo de caza. Y el condenado, en vez de irse al monte, dónde dirás que se fue?

Cristobal. Dónde?

Catuja. Al soto del señor marqués!

Cristobal. Al soto! y es verdad!... pues si fui yo con él.... Calla, calla, apuesto á que tiró en el soto el muy bárbaro, y mató alguna pieza?

Catuja. Justamente: mató un cervato.

Cristobal. Haya demonio! Pues ya sé lo que pasó... como si lo viera. Ibamos juntos por el soto... yo iba con él: y en esto cata que vemos cruzar un cervato! y él dijo, dice, hombre, mira que cervato! y yo le dije, digo... anda!... digo, no, no le dije anda: le dije, digo...

en fin, ya no me acuerdo... como él llevaba su escopeta... Pues señor, yo... tomé soleta mas que de paso; y... qué! aun no habia salido del soto, cuando cata que suena un tiro... pero cómo habia yo de pensar...

Catuja. Y lo mas salado es que el diantre del hombre no tuvo ánimos para cargar con el cervato: nada! echó á correr despues de tirar el tiro, y á lo mejor da de manos á boca con el guarda, que le quitó la escopeta y dió parte.

Cristobal. Ya se sabe! con los pobres no hay miramientos. Aguarda, no vaya á la cárcel! Y dónde anda tu esposo?

Catuja. Dónde ha de andar? escondido! — Y qué te parece que hará el señor marqués cuando lo sepa?

Cristobal. Sabe Dios! enfadarse mucho. Es mozo, y muy amigo de cazar... y no puede ver que le toquen al soto.

Catuja. Y con mi marido, por fuerza ha de estar enfadado. Dos dias hace que nos hemos casado, y no hay forma de que vaya á darle parte, ni quiere llevarme á Granada á presentarme á los amos.

Cristobal. Pues estais lucidos! Y el señor marqués que siempre quiere saber cuando hay bodas en los cortijos... y nunca falta... y regala á las novias... (*Suena un tiro.*)

Los dos. Ay! qué es eso?

Cristobal. El amo que anda cazando! Pies, para que os quiero! (*Echa á correr y se va.*)

Catuja. El amo... y yo que nunca le he visto! (*Mirando adentro.*) Pues es muy guapo! voy á avisarle á mi marido, para que no le coja. (*Entrase en el cortijo.*)

ESCENA II.

EL MARQUES. DON GONZALO.

Gonzalo. Acabarás de decirme con qué fin me traes hácia este cortijo?

Marques. Porque este es el cortijo de Juan-juye, del tunante mayor de todos mis arrendatarios: el que se toma la licencia de meterse en el soto á cazar... y vengo á darle una leccion.—Hola! Juan-juye!

Gonzalo. Y qué es lo que ha hecho?

Marques. Un delito de los que no perdono nunca. El gran picaron se metió ayer en el soto con la escopeta, y con la desvergüenza del mundo mató un cervato.— Juan-juye, bajas?

Gonzalo. Se conoce que no hay nadie en el cortijo.

Marques. Pues le voy á esperar. No ha de escaparse... porque tengo ademas otra cuenta que ajustarle: me han dicho que el bribon se ha casado hace dos dias, y no me ha pedido licencia, ni me ha presentado su novia, ni...

Gonzalo. Hola! y á tí te gusta conocer á las novias de tus colonos, eh?

Marques. Para hacerlas merced, únicamente! A la verdad, que no sé por qué tengo aqui fama de seductor! Desde que me casé con tu hermana soy un modelo de fidelidad conyugal: pregúntaselo á ella.— Pero parece que cuando se toca esta materia, te pones inquieto.... caviloso... Vaya, estás cansado ya de estudios y de viajes por Europa, y apuesto á que tenemos que casarte.

Gonzalo. Déjate...

Marques. No hay remedio! Es cosa acordada en la familia: ya se ha escrito á la prima de América, y aguardamos la contestacion de un dia á otro. Amigo, con una prima americana, rica, viuda... y por fuerza hermosa! Nuestro tio el conde se fue muy mozo á Méjico, allá se casó, tuvo esa hija única, que casó tambien con un hacendado millonario... y ahora es viuda, joven y poderosa: qué partido se te presenta!

Gonzalo. Eso es! y sin consultar conmigo...

Marques. Es cosa de familia.

Gonzalo. Cuidado, que yo estoy para aventuras raras!... Llego á mi pais, despues de viajar por toda Europa, y apenas pongo el pie en tierra... cuando sin saber cómo me veo enredado en un duelo que termina de un modo funesto para mi contrario... y tengo que venir á ocultarme á tu casa bajo el nombre de Alonso, tu secretario. Llego y me encuentro con que tambien me quereis casar por razon de estado... vamos, he venido con mala estrella.

Marques. No te apures. El negocio del duelo se presenta bien: ya hemos acudido al rey, y pronto vendrá tu

indulto... y vendrá razon de la novia, á quien se le han escrito mil lindezas de tus prendas físicas y morales.

Gonzalo. Mal hecho. Vais á hacer de modo que en vez de vernos con indiferencia, nos cobremos antipatía: estos casamientos asi ajustados salen siempre mal. Yo confieso que despues de haber corrido tanto, la verdad, deseo establecerme; pero con muger que yo ame... y justamente el disfraz que ahora tengo que usar me proporciona la ventaja de buscar una muger que me prefiera por mis prendas y no por mi cuna: este ha sido siempre mi sueño. Con que, dejadme, dejadme de primas americanas... que yo buscaré... y sea rica ó pobre, noble ó villana, nada me importa. No tienes que decirme cómo se llama, ni quién es ninguna de las mugeres que vea yo y trate en Granada, hasta que me llegue y te diga al oido: con esa me caso!— Entonces me dirás quién es.

Marques. Y si es ya muger de otro?

Gonzalo. Hombre! desgracia seria!—En fin, ya me canso de estar aqui: puesto que tú te has empeñado en aguardar al colono, yo me vuelvo á cazar al soto, y allí te espero con los caballos.

Marques. Pronto iré.

Gonzalo. Adios.

ESCENA III.

EL MARQUES.

No me pesa que se marche; porque tengo vivos deseos de conocer á la novia de Juan-juye: dicen que es muy bonita... y será preciso ver si... si me pide por su marido... y si... y si quiere alcanzar el indulto, y librarlo de la cárcel.

ESCENA VI.

EL MARQUES. JUAN-JUYE.

Juan. (*Entreabriendo la ventana.*) Ya me parece que se han marchado.

Marques. (*Viéndolo.*) Hola!... ahí estabas, tunante! Hace una hora que te estoy llamando.

Juan. Ay! señor! consiste en que tengo un dolor de muelas tan grande, que no me deja oir.

Marques. Eh, poca bulla!—Baja aqui.

Juan. (*Quejándose.*) Ay, ay, ay!... perdone su merced, señor marques! Ay, ay, ay! vaya una flusion!... Mire usted... mire usted que carrillo! (*Inflando un lado de la cara.*) estoy en un grito! Pues señor, me cogió un aguacero el otro dia... y con la humedad... Ay!

Marques. Con que no bajas? Pues verás como yo te curo el dolor de muelas. (*Le apunta con la escopeta.*)

Juan. (*Retirándose apresurado.*) Allá voy! vaya!

Marques. Qué pronto se ha curado! — Y es posible que estos salvages encuentren muchachas bonitas que se casen con ellos! Y algunas qué ariscas son y qué inexpugnables! Otras, vamos! Ahora veremos la de este tonto que tal palmito tiene! (*Aparece Juan-juye á la puerta.*) Ven acá, bribon. Cómo te has atrevido á matar un cervato en mi soto?

Juan. Yo? Me gusta! vaya! Conque yo he matado un cervato?... pues no dice que yo he matado un cervato!—Con que hace mas de una semana que estoy ahí tendido en esa cama... con una fluxion... (*Inflando el carrillo.*) mire usted!

Marques. (*Dándole con el puño en el carrillo y haciéndole soplar.*) Si, infla, infla!

Juan. Puf!—Ay, ay!

Marques. Ven acá. No te sorprendió el guarda y te quitó la escopeta?

Juan. A mí? Permita Dios que...—El guarda se ha equivocado: como ya estaba anocheciendo...

Marques. Hola! y cómo sabes que estaba anocheciendo?

Juan. Porque...—Ay, vea usted! hace ya quince dias que este dolor de muelas...

Marques. Eh! responde. Cómo sabes que estaba anocheciendo?

Juan. Pues yo he dicho acaso que estaba anocheciendo?... Y puede que si! Todos los dias al anochecer... está anocheciendo. Yo le contaré á su merced lo que pasó... la verdad!— Pues señor, hágase su merced el cargo de que me he casado hace dos dias... y con la boda... y el aguacero, y... caí malo.

Marques. Y tu muger es joven?

Juan. Pe!

Marques. Y es bonita?

Juan. Pi!... Pues, para no mentir, mi muger es muy curiosa, y muy amiga de verlo todo... Con que empezó á revolver y á mirar todo el cortijo... y cata que tocando por aqui y tocando por alli... tropieza con mi escopeta!... y estaba cargada la escopeta! —Pues señor, le dió miedo, y fue preciso descargarla... con que me puse á la puerta y la descargué.

Marques. Tiraste desde esa puerta?

Juan. Sí señor... Mire usted... así!

Marques. Hombre! y la bala anduvo media legua, y fue á parar al soto, eh?

Juan. Puede. Ella fue derechita... Es que mi escopeta... vaya una escopeta! Algunos andan por ahí con unos retacos de mala muerte, y creen que llevan algo. Miseria... Si viera su merced mi escopeta!

Marques. Tunante!

Juan. Señor marques...

Marques. Anda á llamar á tu muger: dila que venga.

Juan. A mi muger? es que... (*Aparte.*) Demonio!

Marques. (*Aparte.*) Veremos si le perdono ó no.

Juan. Es que... señor marques, mi muger no está en casa... ha ido á ser madrina á ese cortijo de...

Marques. Y tú?

Juan. Yo... si no hubiera sido por la ilusion...

Marques. Vamos! dila que venga.

Juan. Pero si no está!

Marques. Bien. Te despido del cortijo.—El arriendo concluye dentro de ocho dias, y no te lo renuevo.

Juan. Pero, señor marques...

Marques. Silencio!—Yo te enseñaré, bribon, á cazar en vedado. (*Aparte yéndose.*) Pues yo no paro hasta ver á la novia. (*Vase.*)

ESCENA V.

JUAN-JUYE. *Luego* CATUJA.

Juan. Estamos frescos! A cazar en vedado... Pues el amo qué hace por acá mas que ver si caza en vedado? Catuja, Catuja!

Catuja. (*Saliendo.*) Dime, dime... qué te ha dicho el señor marques?

Juan. Está hecho una furia... me ha despedido del cortijo...

Catuja. De veras?

Juan. Por querer dar convites á las maldecidas de tus primas... que el diablo cargue...

Catuja. Qué? qué?

Juan. Nada. No queda mas que un medio... pero tú no vas á querer.

Catuja. Cuál?

Juan. Vas á decir que no.

Catuja. Vamos, dí cuál.

Juan. Es que... bien pensado... tampoco yo quiero.

Catuja. Pues ahora quiero yo: habla.

Juan. Decia yo: el señor marques está irritado conmigo; pero si fuera Catuja á pedirle el indulto!

Catuja. (*Contenta.*) Es verdad! me lo concederia... toma, al momento. Pues bien, Juan, yo porque tú lo mandas... sí, sí, iré hoy mismo.

Juan. No, Catuja, no.

Catuja. Qué temes?

Juan. Nada... sino que... el señor marques es un poco amigo de conversacion... y te diria que flautas y que pitos... y tú, como me quieres tanto, le responderias... que pitos y que flautas... y asi con las flautas y los....

Catuja. Estás loco? Vaya! te he hecho yo hasta ahora alguna infidelidad?

Juan. Pues no faltaba mas! nos casamos anteayer.

Catuja. Qué picardía!... desconfiar de mí!... Ay! por qué me habré yo casado con un celoso?

Juan. Si yo no soy celoso... no lo creas!—Vamos, Catujita... vamos, paloma, ya sabes lo que te quiero!

Catuja. Pues déjame que vaya á Granada á hablar al señor marques.

Juan. Eso no.

Catuja. Anda! que nunca serás mas que un borrico.

Juan. Mejor quiero ser eso, que no... Verás, verás como no soy celoso...—Ay! allí vienen unos señores!—Vámonos, vámonos adentro. (*Se la lleva.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA. BEATRIZ, *disfrazadas de hombre.*

Beatriz. (*Hablando al paño.*) Puede usted volverse con el coche: la señora quiere entrar á pie en Granada... Y cuidado con decir á nadie quienes somos.—Mucho temo, señora condesa, que á pesar de tantas precauciones, el disfraz nos sirva de poco! No se necesita ser muy lince para conocer al primer vistazo que no estamos hechas á llevar estos arreos.

Condesa. Sí? Pues yo creo que no me hallo muy atada con este trage. Y en fin, aunque ya me conozcan, poco importa; pues mi objeto era llegar á Granada sin que se supiese, y ya lo he logrado. Ademas, todo lo que podrán sospechar es que soy una muger, pero no sabrán quien soy. Mi primo no me conoce, ni me espera, y todo lo que yo quiero es ganar un dia, para examinar el novio que la familia me destina...

Beatriz. Y que usted rehusa, no es asi?

Condesa. Por supuesto.

Beatriz. Pues para eso bastaba con una carta: á qué venir desde Méjico á España sin mas objeto que el de dar calabazas á ese pobre? calabazas que, viéndola á usted, le han de saber peor!

Condesa. Hola! qué galante estás!

Beatriz. Como que soy hombre.

Condesa. No es ese el único motivo que me ha hecho emprender este viage: deseaba ya ver á mi familia, conocer á mi prima, que dicen que es muy hermosa y discreta... Algo tambien de curiosidad por ver ese di-

choso novio, que tanto me ponderan!—Yo estaba sola, viuda, sin hijos, qué me hacia allá?—Pero mira que se va haciendo tarde, y á pesar de tu marcial continente, como yo sé que no eres mas que mi doncella, no me contemplo muy bien escoltada; con que vamos... Ah! preguntemos en este cortijo, no vayamos á equivocar el camino de Granada. (*Juan-juye y Catuja salen del cortijo.*) Aqui vienen unos que podrán decirnos...

ESCENA VII.

DICHOS. JUAN-JUYE. CATUJA.

Condesa. Amigo, á quién pertenece este cortijo?
Juan. Al señor marques del Pinar.
Beatriz. Y es ese el camino que va á Granada?
Juan. Sí señor.
Condesa. Está todavia lejos?
Juan. (*A su muger.*) Cuánto podrá haber? Qué! no hay tanto! Habrá... eso sí, media legua escasa.
Beatriz. Y de aquí allá, puede uno perderse?
Juan. (*Despues de reflexionar.*) Sí señor, si uno quiere, no hay dificultad.
Catuja. No hagan ustedes caso, caballeros: siguiendo el camino derecho...
Juan. Ya! en siguiendo el camino derecho, llegan ustedes allá, y en llegando, dicen ustedes: aqui es.
Condesa. El marques está ahora en Granada?
Juan. (*Con mal modo.*) Allá está.
Beatriz. Tiene algun huesped en su casa?
Juan. (*Idem.*) No señor.
Catuja (*Aparte á Juan.*) Háblales con modo!
Juan. (*Idem.*) Tú, en siendo mozalvetes!
Condesa. Sabe usted si está allí su cuñado don Gonzalo?
Juan. No está; pero diz que le esperan. (*Aparte á Catuja.*) Ya no respondo mas: no ves cuánta pregunta?
Condesa. Qué mal gesto tiene usted, buen amigo!
Juan. Cada uno...
Catuja. Dispensen ustedes, caballeros: es que no tenemos motivos de estar contentos.
Beatriz. Son ustedes de aqui?

Juan. Yo soy arrendatario del señor marques...

Catuja. Y yo soy su muger.

Juan. He matado un cervato en el soto, y se ha enfadado.

Catuja. Y le ha despedido del cortijo.

Juan y Catuja. Y nos tenemos que marchar.

Condesa. Si puedo serviros de algo...

Catuja. Ya se ve! y yo tambien; pero mi marido es tan raro...

Condesa. Cómo es eso?

Juan. Yo le diré á usted, caballero. (*A Beatriz pasando por delante de ella.*) Tenga usted buenas tardes.—(*A la condesa.*) Figúrese usted que el señor marques es un poco tentado de la risa. Catuja, como usted ve, no es del todo maleja...

Condesa. Es muy guapa!

Catuja. (*Acercándose.*) Muchas gracias, caballero.

Juan. (*Alejándola.*) Estate ahí!— Pues señor, si yo la envio allá á que pida mi indulto, pudiera suceder que... (*Hablando al oido de la condesa.*)

Condesa. (*Retirándose y tapándose los oidos.*) Sí, sí.

Juan. Está usted?— Pues por eso; por eso me dice que soy raro.

Condesa. Y qué, el marques ha tratado de seduoir á su muger de usted?

Juan. No señor; porque nunca la ha visto. Pero aqui le conocemos, y por eso no quiero que la vea.

Condesa. (*Aparte á Beatriz.*) Mi señor primo tiene una fama!...—Ah, escuchadme amigos: me ocurre una idea feliz, que puede sacaros del apuro.

Juan. Hombre, qué buena idea!

Catuja. Si no la ha dicho!

Condesa. Oid: si yo me disfrazara de muger... qué tal? me sentarian bien las faldas?

Juan. Lo que es por las barbas no lo habian de conocer.

Condesa. Pues bien, (*A Catuja.*) deme usted un vestido de los suyos; (*A Juan.*) y usted preséntemeen casa del marques, como si fuera su muger que le fuese acompañando á pedir el indulto. Ea, se conviene usted? soy su muger?

Juan. Y si el señor marques acomete la galantea?

Condesa. Yo sabré hacer que me tenga respeto.

Juan. Y si á la postre se descubre el ajo?
Condesa. No le de á usted cuidado. Mi padre fue muy amigo del suyo, y... En fin, yo respondo del negocio.
Juan. (*A Catuja.*) Qué dices tú de esto?
Catuja. Yo digo que este caballero estará muy bien de muger.
Beatriz. (*A Catuja con galantería.*) Y muy bien tiene que estar para poder parecerse á usted.
Catuja. Muchas gracias, caballero.
Juan. Dale!
Condesa. (*Aparte á Beatriz.*) Qué te parece la invencion? Con este disfraz esperaré la llegada de don Gonzalo, y entre tanto me divierto á espensas del primo.—Con que, Catujita, hacemos lo del disfraz?
Catuja. Sí, señor; suba usted conmigo, le pondré mi vestido de los domingos.
Juan. Eh! poco á poco.—Eso de vestirlo... yo me encargo...
Condesa. (*Asustada.*) Usted me quiere vestir?
Juan. Pues qué! quiere usted que mi muger le vaya á... Pues hombre!
Beatriz. (*Aparte á la condesa riendo.*) Este sí que es apuro!
Condesa. Deme usted el vestido, que yo me arreglaré.
Juan. Corriente. (*Aparte.*) Con eso no tengo que dejar á mi muger sola con este otro. (*A la Condesa.*) Cuando usted guste. (*Juan y la condesa entran en el cortijo.*)

ESCENA VIII.

CATUJA. BEATRIZ.

Beatriz. (*Aparte.*) Pues señor, yo voy á ensayar mi papel de caballero con esta campesina: la haré el amor.—Sabe usted, querida mia, que tiene un marido muy celoso, y que no es digno de usted?
Catuja. Yo lo compondré.
Beatriz. No digo esto porque trate yo de hacerla á usted faltar á sus deberes. Ah! crea usted que eso me seria muy dificil; yo tengo honor...

Catuja. Sí, sí; pues usted me echa unos ojos...

Beatriz. Y qué mal hay en ello? Un joven, como yo, gusta de ver lo hermoso; y lo que gusta, se ama; y lo que se ama... se abraza. (*Abrazándola.*)

Catuja. Vamos, que lo va á ver á usted mi marido.

Beatriz. Ah! si mi estrella me hubiera traido por aqui dos dias há...

Catuja. Es verdad! hubiera usted bailado en mi boda.

Beatriz. Bailado! Hubiera pegado fuego al cortijo.

Catuja. Pegarme fuego!

Beatriz. No, á usted no: que yo la hubiera sacado por entre las llamas, cogiéndola en los brazos; y luego nos hubiéramos metido en un coche, tirado de cuatro caballos tordos, y á escape... no hubiéramos parado hasta Paris de Francia.

Catuja. Calle usted, que aqui viene.

ESCENA IX.

DICHOS. JUAN-JUYE.

(*Juan cree que no le han visto, y se acerca á escuchar.*)

Beatriz. (*Viéndolo y disimulando.*) Sabe usted que su marido tiene una facha de honradez, de mansedumbre... Estará muy querido en el pais?

Catuja. Sí, señor, pero tiene un pícaro defecto; que es muy celoso. Si no fuera asi yo le querria mas.

Beatriz. Qué está usted diciendo! Entonces es una alhaja. Pues si esa es la mayor prueba de amor que un marido puede dar á su muger!

Juan. (*Acercándose.*) Lo ves? qué te digo yo todos los dias? Ya lo oyes? Que esa es la mayor... Haga usted el favor de volver á decir...

Beatriz. Ya lo ha oido.

Juan. Todas las mañanas, al dispertarnos, he de tener cuidado de repetirte esa arenga.

Catuja. Con que te has puesto á escucharnos?

Juan. Yo? Ave Maria purísima! yo escuchar? No, hija:

yo no sé cómo ha sido. Me paré ahí, pero no escuchaba. Iba á dar un vistazo á las ovejas.

Beatriz. Oh! y cuando un hombre de la penetracion del señor Juan-juye, oye una sola palabra, no necesita mas para ponerse al corriente de todo.

Juan. (*Riendo.*) Eh, eh, eh! Puede!

Beatriz. Yo no adulo: tiene usted una cara de talento, que...

Juan. Gracias, gracias!—Pues usted... lo que es usted... tiene una carilla de atrevido y de pendenciero... es usted pendenciero? Apuesto á que ha sido usted militar?

Beatriz. Sí, he servido... en caballeria ligera.—Aquí viene su nueva esposa de usted.

ESCENA X.

DICHOS. LA CONDESA, *de muger.*

Condesa. Ya estoy lista. Eh? qué tal?... tengo aire de muger?

Juan. Hombre!... qué demonio! cualquiera diria que ha llevado usted faldas toda su vida!

Condesa. Ea, pues, señor Juan-juye, vámonos.

Juan. Pero... es cosa precisa, precisa, que yo vaya con usted?

Condesa. Por supuesto.

Juan. Y ese caballerito?

Condesa. Se quedará acompañando á Catuja.

Juan. (*Volviéndola la espalda.*) Tenga usted muy buenas tardes.

Condesa. Tiene usted celos de él?

Juan. A la cuenta.

Condesa. Bien está; pues señor, despídase de su cortijo, porque lo que es yo... estoy resuelto á no ir solo á Granada. Con que me voy á desnudar. (*Yéndose.*)

Juan. Aguarde usted... (*A Catuja.*) Dame tú un consejo, Catuja.

Catuja. Que me lleves tambien á mí.

Juan. No, no. Canario! eso seria peor!—(*A la condesa.*) Querrá usted aguardar un poquito á que los muchachos vuelvan de la labranza? ya no pueden tardar.

Condesa. Bien, esperaré.

Juan. (*Aparte.*) Asi le encargaré á Cristobal que vigile á ese perillan.—(*A Catuja.*) Ponme el vestido nuevo en un pañuelo, y me vestiré en llegando á la puerta de la ciudad.—(*A Beatriz.*) Diga usted, y qué va usted á hacer mientras yo estoy ausente?

Beatriz. (*A Catuja.*) Si usted quiere iremos juntos á coger fresa?

Juan. No, no. Vaya! A coger fresa... Hay que bajarse, y... No señor.—Ah! mire usted qué idea: se pone usted alli... debajo de aquel arbol, y oye usted cantar á los pajaritos... asi se pasa el tiempo sin sentir: verá usted qué pajaritos vienen! Uno suele venir todas las tardes, con las alitas amarillas, y las patitas coloradas, y canta unas cosas que da gusto!—(*Imitándolo.*) Rrrrri! Rrrrri... Verá usted.—(*A Catuja.*) Y tú te metes en el cortijo y me remiendas las medias azules.

Catuja. Buena diversion; remendar las medias!

Beatriz. (*Aparte á Catuja.*) Diga usted que sí!

Catuja. Pues bueno, sí señor, bien.—Maldito celoso, verás!

Juan. Ya sabes que es la mayor... la mayor prueba... (*A Beatriz.*) No es asi?

Condesa. Quite usted allá!—No le da vergüenza? La fidelidad de la muger se fortifica con la confianza.

Juan. Pues! sí señor!... con la confianza... y la *encerranza.*

Condesa. (*Llevándoselo.*) Vamos, vamos!

Juan. Pero todavia... Ah! ya vienen los mozos!

ESCENA XI.

DICHOS. CRISTOBAL. MOZOS DE LABOR, *que vuelven del campo.*

(*Catuja ha entrado en el cortijo y saca un lio, puesto en un palo, que toma Juan-juye.*)

Cristobal. Acá estamos todos!

Juan. Cristobal, ven acá. (*Aparte.*) Ves ese mocito? Yo

tengo que irme: hombre, por Dios, cuida de mi muger, y si ves que él la anda...

Cristobal. Qué hago?

Juan. Qué haces? Qué sé yo!—Ponte por medio.

Condesa. Ea, vamos.

Juan. Vamos allá. (*Abrazando á Catuja.*) Adios, Catujita! (*Mirando á Beatriz.*) Para servir á usted. (*La condesa le toma el brazo y se lo lleva.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Marques. (*Aparte.*) Si en lugar de bonita, fueras fea, ya verias!

Gonzalo. (*Aparte.*) Me tiene embobado su hermosura!

Marquesa. Y quién eres, hija mia?

Condesa. Hace dos dias... me llamaban Catujilla, y ahora me llaman la señá Catuja... la muger de Juan-juye, para servir á sus mercedes!

Marques. (*Con viveza.*) Ah! eres casada, eh?

Gonzalo. Casada?

Marques. Y casada con ese pícaro...

Marquesa. Fernando!... y á qué te enfadas por eso?

Marques. Yo? qué disparate! (*Aparte.*) Esta es su muger!

Condesa. Pues como iba diciendo, señora, yo no he tenido la culpa de lo que ha ocurrido. Bien le dije á Juan-juye que no necesitábamos caza para la comida de boda; pero se empeñó! Es mas testarudo!... qué hombres estos mas duros de pelar! Ya lo sabrá su merced, que tambien es casada, señora marquesa!

Marquesa. No entiendo una palabra de lo que me cuentas.

Marques. Yo te lo esplicaré, Leonor: su marido mató ayer un cervato en el soto.

Condesa. Y el señor marques nos ha despedido del cortijo! vea su merced, señora, por un cervato!

Marquesa. Fernando!... muy severo has andado con estos pobres!—(*A la condesa.*) Y tú vienes á pedir el indulto de tu marido?

Condesa. Sí señora. Mi marido me ha dicho... (*La dan tentaciones de risa. Aparte.*) Yo no sé si podré seguir fingiendo!

Marquesa. Vamos, no te aflijas; dí.

Condesa. (*Fingiendo tristeza.*) Pues me dijo, dice... Anda á ver al amo... hazle muchas carocas... háblale con mucho salero... y verás cómo lo conseguimos; porque siempre que va una chica bonita... saca el indulto.

Marquesa. Hola! eso te ha dicho?

Marques. Tu marido es un tonto.

Marquesa. Señor marques, tiene V. una fama escelente!... y para mí ciertamente muy lisonjera!

Marques. No ves que se está chanceando?

Marquesa. Sospecho que dice la verdad.

Marques. Ahora te convencerás. (*A la condesa.*) Vamos, niña, vete: no puedo concederte indulto, soy inexora-

ble!... es necesario un escarmiento. (*Aparte á la Condesa acercándose.*) No hagas caso, yo te protejeré.

Gonzalo. (*Aparte á la Condesa.*) No te de pena, yo haré que no te falte nada.

Condesa. (*Haciéndoles una cortesía.*) Vivan ustedes mil años, caballeros.

Marquesa. Por qué das gracias?

Condesa. Porque estos señores me dicen al oido unas cositas que me dan mucho gusto!

Marquesa. Hola!... me alegro!

Marques. (*Aparte.*) Ay! que tonta es!

Gonzalo. (*Aparte.*) Me encanta su candor!

Marquesa. Pues señor, una vez que ustedes distribuyen asi sus favores, me permitirán que yo, á mi vez, proteja al marido de esta muchacha.

Condesa. Ay! señora!... hará su merced muy bien: el pobrecito está ahí fuera con el alma en un hilo!...

Marquesa. (*A don Gonzalo.*) Señor secretario, sírvase usted hacer entrar á ese labrador.

Condesa. (*Aparte.*) Es el secretario!... Pues yo habia creido que era don Gonzalo. Y lo siento!...

Gonzalo. (*Asomándose al foro.*) Entre usted, buen hombre.

ESCENA IV.

DICHOS. JUAN-JUYE.

Juan. (*Compunjido.*) Ya se vé que soy buen hombre, sí señor... y si lo maté no fué con mala intencion, que bien sabe Dios... (*Mudando de tono.*) Tengan ustedes muy buenas noches. Señora Marquesa, perdone su merced...

Marquesa. No hay de qué, amigo. Pero me disgusta el saber que tienen ustedes tan mala opinion de mi marido, puesto que ha dicho usted que le indultaría por tener muger bonita.

Juan. Perdone su merced: no soy yo quien lo digo... Son todos los labradores... (*Juan en toda la escena está distraido, pensando en su muger, y vuelve amenudo la cabeza hácia la puerta.*) El que tiene muger bonita... tiene... tiene...

Condesa. (*Aparte á Juan.*) En qué piensa usted?

Juan. (*Id.*) Pienso en aquel mocito... su compañero de usted... que se ha quedado allá con mi muger!

Marquesa. Está usted inquieto, Juan, tranquilícese usted. Mi marido y yo nos interesamos mucho por su muger de usted.

Juan. A que se ha ido á coger fresas!

Marques. A coger fresas?

Gonzalo. Qué dice!

Marquesa. Está usted loco?... no la tiene usted á su lado?

Juan. Es verdad!... la tengo á mi lado... pobrecita... (*Aparte á la condesa.*) Qué tal lo hago?

Marquesa. Y yo estoy cierta que ustedes se quieren mucho?

Juan. Como dos tortolitos.

Gonzalo. (*Aparte.*) Soez!

Marquesa. (*Aparte.*) Voy á desesperar á estos dos galanteadores.—Con que, Juan, una vez que yo le ofrezco á usted mi proteccion, deseche todo temor, y para probarnos que hace buen casado, dé un abrazo muy apretado á su muger.

Juan. A mi muger... á esta?

Marquesa. Pues tiene usted otra?

Marques. No está en su juicio.

Condesa. (*Aparte.*) El capricho es singular!

Gonzalo. Señora marquesa, estos pobres se avergüenzan!...

Marques. Sí, porque aunque sean labradores...

Gonzalo. Hay siempre un instinto de pudor...

Marques. Comun á todas las clases...

Gonzalo. Que impide...

Marques. Y que debe respetarse...

Marquesa. Gracias, señores! gracias por la leccion de moral! Pero insisto en que estos dos esposos se den un abrazo en mi presencia; y creo que semejante muestra de amor conyugal no causará desagrado á ninguno de los presentes.

Marques. Si lo tomas por ahí!...

Marquesa. Vamos, Juan, por qué se detiene usted?

Juan. Yo... por mi... que venga! (*Abriendo los brazos.*)

Gonzalo. (*Aparte.*) Si pudiera estorbarlo!

Condesa. (*Aparte.*) Darle yo un abrazo á este mostrenco!... estoy por descubrirme.

Marquesa. Vamos, Catuja!
Condesa. Pero señora... (*Avergonzada.*)
Marquesa. Vamos!
Marques. No los violentes!
Marquesa. Pronto!
Condesa. (*Acercándose.*) Cerremos los ojos!
Juan. (*Abrazándola.*) Hup! y qué pellejo tiene tan fino el condenado!... si parece muger!
Marquesa. Ea, esposo, en premio de ese cariño, dales el indulto.
Marques. Veremos, eso pide pensarse.
Marquesa. Y has de hacerlos que vuelvan otra vez de media legua? Despacha, que tienen que marchar y la noche está oscura.
Juan. Eso no le hace: yo soy como los gatos... veo en lo oscuro.
Marquesa. Pero ha caido un aguacero, y tu muger no ha de irse con el barro que hace.
Marques. Es verdad, ya que te empeñas, que se quede aqui Catuja esta noche. Juan se va, y mañana tempranito viene por ella.
Marquesa. La muger aqui sin su marido?... Ni él lo consentirá.
Juan. Si señora... yo... por mi... que se quede.
Marquesa. Hola! tanta confianza tiene usted en ella?
Juan. En esta?... muchísima! A buen seguro que nadie... Y he dejado la casa sola!...
Marquesa. Por eso no tenga usted cuidado. El administrador acaba de llegar de recorrer esos cortijos... y ha estado en el de usted.
Juan. En el mio?...
Marquesa. Si, y alli dice que ha visto á una labradora muy guapa con un joven que decia ser su marido, y se reia mucho.
Juan. Se reia!... Ah pícaro!... con que se reia el tunante!...
Condesa. Alli dejamos á nuestra prima Aldonza con su marido Curro.
Juan. Si... con Currito... Currito!... (*Aparte.*) Estoy sudando!
Marquesa. Pues bien, os quedareis los dos. (*Al Marques.*) Fernando, dónde dormirán?
Marques. Catuja puede acostarse con tu doncella.

Juan (*Riendo.*) Eh, eh, eh! con la doncella... corriente. (*Aparte.*) Buena va la danza!... pobre doncella!

Marquesa. No, no: han de dormir juntos; un buen matrimonio no debe separarse nunca. (*Indicando el gabinete de la derecha.*) Esa pieza está desocupada, y comunica por esta sala con mi alcoba: ahí pueden ustedes pasar la noche.

Juan. Pero, señora...

Condesa. (*Aparte.*) Esta es otra!

Marquesa. Los pobres estarán cansados: dejémoslos solos.

Marques. Me parece bien. Buenas noches, Catuja.—Voy á jugar una partida de ajedrez con el señor Alonso, mi secretario.

Marquesa. Sí, que aun es temprano: vamos á jugar á mi cuarto; yo desafio á los dos al ajedrez.

Marques. Con mucho gusto. (*Aparte.*) Me ha fastidiado!

Marquesa. (*Dando el brazo á su marido.*) Vamos, señor secretario.

Gonzalo. Al instante soy con ustedes.

ESCENA V.

DON GONZALO. LA CONDESA. JUAN-JUYE.

Condesa. (*Aparte.*) Este secretario no aparta los ojos de mí!

Gonzalo. (*Aparte.*) Soy el ente mas raro!... Pues no me tiene loco esta labradora?

Juan. Con que voy á dormir aquí?... Quiera Dios que allá *duerma* tambien mi...

Condesa. Chit! silencio.

Gonzalo. (*Trayéndosela á un lado.*) Si vieras qué lástima me causas!

Condesa. Por qué, señor?

Gonzalo. Porque se descubre en tí un fondo de ternura, de talento!... Serias una alhaja, si dieras con un amante que te educase con esmero... con amor...

Condesa. No le entiendo á usted!

Gonzalo. Confiesa que no eres feliz con ese hombre... no puedes serlo!

Condesa. Y qué ha de hacer una! Contentarse con su suerte.

Juan. (*Aparte.*) Eh, eh! cómo la soba!... Dónde tienen los ojos estos señores?

Gonzalo. Ah, Catuja!... no mereces tú verte tan mal empleada.

Condesa. Me está usted embromando!

Gonzalo. Yo?... No me conoces!... si vieras mi corazon!... —Pero ese maldito ajedrez!...—Aun no irás á recogerte, verdad, Catuja? En cuanto pueda escaparme, vendré... quizá ese rústico estará ya dormido, y entoncés podré esplicarte el amor que siento por tí.

Juan. (*Aparte.*) Eh, eh! qué voz tan melosa pone!... «El amor que siento por tí...» Eh, eh! qué chasco se va á llevar!... Ji, ji!...

ESCENA VI.

DICHOS. EL MARQUES.

Marques. Qué es esto, señor! estamos esperando al señor secretario.

Gonzalo. Voy al momento. (*A la condesa.*) Espérame, sí?

Marques. (*A la condesa.*) Aqui en mi casa, no hay necesidad de encerrarse, hija mia: estás? es casa segura. Aqui la virtud... y la inocencia, pueden dormir... á puerta abierta... (*Aparte.*) Me has entendido?

Condesa. Sí señor. Y como tengo aqui á mi marido... que me defenderá...

Gonzalo. Vamos, señor marques: no traia usted tanta prisa?

Marques. Voy, voy. (*Aparte.*) Mi señor cuñado se ha enamorado de la labradora!—Voy á ver hasta donde llega su sensibilidad novelesca. (*A Gonzalo.*) Ven; que tengo que descubrirte en confianza una cosa que te sorprenderá. (*A Juan.*) Juan-juye, puedes irte á dormir... entiendes?—Buenas noches: vete á dormir.

Juan. Hasta mañana, si Dios quiere.

ESCENA VII.

LA CONDESA. JUAN-JUYE.

Juan. Ea, ya que nos han dejado solos... que pase usted buena noche, caballero; yo me escapo por el jardin...

Condesa. (*Asustada.*) Cómo es eso! dónde va usted?

Juan. A sorprender á mi muger.

Condesa. No señor: usted no se va de aqui.

Juan. Me gusta!... Porque está vestido de muger, me quiere mandar.

Condesa. Si da usted un paso, grito, llamo á todos, descubro el enjuague, y le digo al marques que usted ha tratado de burlarse de él.

Juan. Qué es esto, señor! no ve usted que si me quedo aquí, dejo allá espuesto mi honor?

Condesa. Eh! su honor de usted no corre peligro.

Juan. Y si su amiguito de usted trata de seducir á mi muger?

Condesa. Eso no es posible.

Juan. Es que van á pasar la noche juntos.

Condesa. No importa.

Juan. Y puede que en el mismo cuarto.

Condesa. Tampoco importa.

Juan. Quiere usted callar! con que no importa, eh? A mí no me diga usted...

Condesa. Y en fin, usted ha de quedarse aqui conmigo.

Juan. Paciencia, Juan-juye, paciencia...—Voy á echar un sueño... y asi que amanezca... (*Se dirige al gabinete.*)

Condesa. (*Deteniéndole.*) Dónde va usted?

Juan. Ahí dentro.. á acostarme.

Condesa. No señor, no señor: se ha de quedar usted en esta sala.

Juan. Caballerito! trata usted de hacerme perder la paciencia? Pues cuidado que...

Condesa. Escuche usted, Juan-juye, escuche usted, y tenga calma. Yo le ofrezco á usted que no le despedirán del cortijo... Mas aun: que le rebajarán el arriendo: no le engaño á usted; pero en cambio le pido un poco de

paciencia y de docilidad.—Conque estamos convenidos, eh?—Se queda usted aqui conmigo: pasa usted la noche descansadamente... ahí... en ese sillon... y duerme usted como un canónigo. Quedamos en eso, eh?

Juan. Qué labia tiene!... y qué moldito! que no hay mas que obedecerle.—Diga usted, es usted brujo?... Ay! si usted me dijera qué hace ahora mi muger!... que pue de que ande... cogiendo fresas.

Condesa. (*Sentándose. Aparte.*) Estoy en el lance mas original que puede sucederle á persona viviente! Tener yo que suplicarle á un hombre que me haga el favor de pasar la noche conmigo!... verdad es que es un pobre labrador, rústico y necio, y con él no puede padecer mi reputacion; pero sin embargo...—Y no seria mejor quitarme ya la máscara y reirme de mi buen primo y de su secretario?... El tal secretario me ha llamado la atencion: qué fino es y qué discreto!—Y se me figura... no quisiera engañarme... se me figura que mi presencia le ha hecho impresion, y que siente de veras lo que me dice... Hay cosas que no se pueden fingir!—Seria tan despreocupado que se enamorase de una labradora, y no tuviera reparo...—Qué es esto?... Pues no estoy yo tambien cavilando..—Es que seria el mayor triunfo que pudiera conseguir la vanidad de una muger! (*Durante este monólogo, Juan-juye ha echado el ojo al rededor, á ver dónde se coloca para dormir con menos trabajo. Va al foro, reune sillas y las coloca de modo que formen una cama; poniendo por almohada un banquillo de pies, sobre el cual coloca la chaqueta ó ropilla, para que esté menos duro. Átase un pañuelo á la cabeza, desata los calzones, y se dispone á sacárselos á tiempo que la condesa, concluyendo el monólogo, vuelve la cara, le ve [illegible], y se levanta dando un grito y tapándose los ojos.*)

Condesa. Ay! qué hace usted, hombre!

Juan. Toma!...

Condesa. Eh! qué hace usted!

Juan. Desnudarme.

Condesa. Delante de mí!

Juan. Toma! entre hombres...

Condesa. (*Aparte.*) Tiene razon! ya me olvidaba...—Pues

no señor, no importa.—No se quite usted los calzones!

Juan. (*Viniendo al proscenio con los calzones medio caidos.*) Si tengo calzoncillos!...

Condesa. (*Apartándose avergonzada.*) Quítese usted de aquí... váyase usted! Yo estoy criado de un modo muy escrupuloso... quizá demasiado... pero no lo puedo remediar.—Hágame usted el favor de ponerse los calzones.

Juan. (*Yéndose.*) Cómo ha de ser! (*Se los vuelve á atacar.*) Pues no es poco zalamero el mocito!—Yo quisiera saber si el otro que se ha quedado allá es tan escrupuloso con mi muger. (*Se acuesta.*)

Condesa. Le repito á usted que aquel es tan incapaz como yo de... vamos, no tenga usted cuidado.

Juan. (*Acurrucándose.*) Ya se casará usted, y entonces me dirá lo que son mugeres. (*Durmiéndose.*) Cuando le toque á usted una... que le tenga... siempre... en un pie... y... se vaya con otro... á coger fresas... (*Se duerme.*)

Condesa. Ya se ha dormido.—Cuidado, que estoy pasando una noche novelesca!—Qué haré?—Leer; mientras duren las velas. (*Siéntase junto á la mesa y toma un libro.*) Hola! poesía!

ESCENA VIII.

DICHOS. DON GONZALO.

Gonzalo. (*Aparte.*) Será cierto lo que me ha dicho mi cuñado?... Catalina es libre!... aun no se ha casado; no es mas que novia de ese labrador...—Allí está.—Calla! leyendo!

Condesa. (*Lee.*) «Cuando la dorada cumbre
fuere de nieve esparcida,
y las dos luces de vida
recogieren ya su lumbre:
cuando la ruga enojosa
en la hermosa
frente y cara se mostrare,
y el tiempo, que vuela, helare
esa fresca y linda rosa:

Cuando os viéredes perdida,
os perdereis por querer:
sentireis que es padecer,
querer y no ser querida:
direis con dolor, señora,
cada hora:
¡quién tuviera ¡ay sin ventura!,
ó agora aquella hermosura,
ó entonces el amor de hora!
¿Qué vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
el techo rico labrado,
y los montes del tesoro?
Y qué vale si á derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si á la fin dormís, señora,
en el solo y frio lecho?

Gonzalo. (*Sorprendido.*) Qué oigo!

Condesa. (*Asustada.*) Cielos! me he perdido!

Gonzalo. Catuja!... tú lees de esa manera!

Condesa. Perdone usted, caballero, que... me haya tomado la libertad... de abrir ese libro...

Gonzalo. Y esa gracia, ese sentido, esa espresion que das á tus palabras!... Ah! no pienses engañarme!... tú has recibido una educacion superior á tu esfera... ó eres un portento, un milagro del cielo.—Catuja, yo te amo, y hubiera comprado con mi vida este momento en que puedo hablarte sin testigos.

Condesa. Olvida usted que está aqui mi marido?

Gonzalo. Ah! déjate de fingimiento: ya he averiguado....

Condesa. (*Aparte.*) Cielos!

Gonzalo. Ese hombre no es tu marido: lo sé todo.

Condesa. (*Aparte.*) Me habrán conocido!

Gonzalo. No, Catuja, no: tú no eres muger de ese labrador.

Condesa. (*Aparte.*) Soy perdida!

Gonzalo. Ya sé lo que eres.

Condesa. (*Con ansiedad.*) Y qué soy?

Gonzalo. Su novia solamente.

Condesa. (*Respirando.*) Ah! es verdad... es verdad!... Ya veo que está usted muy al corriente de todo.

Gonzalo. Catuja, dime, por Dios, que no te soy indiferente... que consentirás en darme tu corazon y tu mano!

Condesa. Qué está usted diciendo? Si mi novio... ó mi marido, que ya es lo mismo para el caso, le oyera á usted...

Gonzalo. Que me oiga!... quiero que me oiga. (*Vuélvese á mirar á Juan, el cual ronca con fuerza.*) Dame tu consentimiento, y yo me encargo de hacerle ceder, aunque sea á costa de toda mi hacienda.

Condesa. (*Aparte.*) Este hombre me pone en un compromiso...

Gonzalo. No me respondes?

Condesa. Estoy pensando que era preciso que estuviese loca para dar crédito...—Ay, Dios mio!

Gonzalo. Qué tienes?

Condesa. Alguien viene!

Gonzalo. Será algun criado...

Condesa. Es que no quiero que ni aun los criados piensen mal de mí!

Gonzalo. Oh! tu estimacion es de tanto precio para mí, como para tí misma.

Conde. Váyase usted... váyase usted, por Dios!

Gonzalo. Ya no puedo salir... Dónde me escondo?

Condesa. Allí... en el gabinete! (*Le empuja dentro.*)

ESCENA IX.

DICHOS. EL MARQUES.

Marques. Soy yo, Catujita... Me ha costado un trabajo escaparme para que hablemos un momento... pero muy bajito, porque mi muger está ahí cerca.

Condesa. Señor marques, nada tenemos que hablar: váyase usted, ó doy voces.

Marques. (*Queriendo abrazarla.*) Yo te cerraré la boca.

Condesa. Déjeme usted!... La señora marquesa es cien veces mas bonita que yo.

Marques. No hablemos ahora de la marquesa.

Condesa. (*Escapándose de sus brazos, y yendo á llamar á Juan-juye.*) Juan-juye, despierta!

Juan. (*Medio dormido.*) Quién me llama?

Condesa. Que el señor marques quiere abrazarme!

Juan. Y á mí qué me importa?

Condesa. Atiende, hombre... Que el señor marques quiere abrazar á tu muger!

Juan. (*Dando un salto.*) A mi muger?—(*Bostezando.*) Ah!... es á esta? Pues que la abrace!... Ande usted!

Marques. Ya lo ves: tu marido da su permiso.

Condesa. (*Llegándose á la izquierda, y señalando al cuarto de la marquesa.*) Es que falta otro permiso.

Marques. Qué vas á hacer?

Condesa. A preguntar á la señora marquesa, si consiente, como mi marido.

Marques. Vamos, Catuja... deja que te dé un abrazo!

Condesa. Señor marques, que llamo!

Marques. Veremos! (*Quiere de nuevo abrazarla: don Gonzalo sale del gabinete.*)

ESCENA X.

DICHOS. DON GONZALO.

Gonzalo. Señor marques... usted me dispensará, si le interrumpo.

Juan. (*Sentado y frotándose los ojos.*) Qué algarabía es esta?

Marques. Señor secretario, usted escondido en ese gabinete! Ya comprendo la resistencia de la muchacha!

Gonzalo. Hé aquí el hombre virtuoso, que con tanta injusticia tachan de seductor!

Marques. Hable usted mas bajo... no lo oiga mi muger.

Gonzalo. (*Llevándoselo á un lado.*) Fernando, basta de broma. Ya conoces mi caracter ardiente, apasionado! Pues bien: la muger que mi imaginacion exaltada me presentaba continuamente... ya la he encontrado: esta es: es Catuja!

Marques. (*Aparte.*) Demonio! Pues lo toma de veras!.... Y mi pobre prima!... Desengañémosle.—Estás en tu juicio! la muger de Juan-juye?

Gonzalo. Pues no me has dicho que no era mas que su novia?

Marques. Pues he mentido: te doy mi palabra de honor... de que he mentido.

Gonzalo. Pero si ella me lo ha confesado.

Marques. (*Confundido.*) Ella lo ha confesado!—Cómo es esto, Juan-juye!... será verdad?

Juan. El qué, señor? (*Deshaciendo la cama.*)

Condesa. (*Aparte á Juan.*) Calla!

Juan. (*Id.*) Bien.

Marques. (*Aparte á don Gonzalo.*) Figúrate que es una cosa que yo mismo he inventado ahora... por ver hasta qué punto llevabas tu locura.

Condesa. Aqui viene la señora marquesa.

Marques. (*Aparte.*) Mi muger ahora! Dios mio!

ESCENA XI.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marquesa. Cómo es que están ustedes aquí?

Marques. Ibamos... á la sala de villar...

Marquesa. A estas horas?—Pero qué veo! Juan y Catuja estan aqui todavia!... Cómo no se van ustedes á acostar?

Juan. Perdone su merced... (*Bosteza.*) Ah!... este caballerito... digo... mi muger...

Condesa. A mi marido le gusta dormir sentado en una silla: tiene esa costumbre... y á mí se me va pegando.

Marquesa. (*Aparte.*) Ya entiendo: tenia razon Fernando: aun no estan casados.—Catuja, aqui vas á pasar muy mala noche. Ven, y dormirás en mi alcoba.

Juan. (*Espantado.*) En su alcoba.

Marquesa. Sí tal. Qué mal hay en ello?

Juan. Ninguno... lo que es para... para mi muger... ninguno! (*Riendo, con malicia.*) Eh, eh! si el señor marques no se opone... (*Aparte.*) Bueno va á estar el ajo!

Marques. Yo, no por cierto! Catuja es buena muchacha, y mi muger lo pasará bien en su compañía.

Juan. Yo lo creo! (*Aparte.*) Pobre marques! (*A la condesa.*) Usted no consentirá, mocito?

Condesa. (*Aparte á Juan.*) Por qué no?

Juan. (*Aparte.*) Anda!

Marquesa. Con que, Catuja, consientes?

Condesa. Con mucho gusto, señora marquesa.
Marquesa. (*Dándola el brazo.*) Señores, muy buenas noches.
Condesa. Adios, Juan-juye!... buenas noches, querido!
Juan. (*Aparte.*) Ay! qué demonio de mozo!... y se va con ella!
Gonzalo. (*Aparte á Juan.*) De tí pende mi felicidad.... y yo puedo hacer tu suerte.
Juan. Mi suerte!
Gonzalo. (*Id.*) Al amanecer, espérame en el jardin.
Juan. (*Que se ha quedado solo.*) Pues no hay más!... se va con ella! Pobre marques!—Ay! si el de allá es como este, pobre de mí!... Me voy corriendo. Quiera Dios que no la encuentre... cogiendo fresas! (*Echa á correr.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El teatro representa el jardin de casa del marques. A la derecha hay un pabellon árabe, con ventana que da frente al público y deja ver precisamente todo lo que pasa dentro. A la izquierda la puerta del cuarto de baños.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES.

Dónde se habrá metido Juan-juye, que no lo hallo por ninguna parte? Quiero verle... quiero que me diga por qué me ha engañado; porque me ha hecho creer que esa labradora es su muger, no siendo mas que su novia. Puede que tambien ella madrugue, y salga á buscar al novio... Si viniera por aqui... ahora que Juan no parece!... Mi muger se encerró en su alcoba con ella... y no ha habido recurso!—Qué veo! no es aquel Juan-juye?... Sí: de dónde vendrá? quiénes serán los que le acompañan? Si yo pudiera... Sí; en este pabellon. Yo he de averiguar estos misterios. (*Ocúltase en el pabellon.*)

ESCENA II.

EL MARQUES, *oculto.* JUAN-JUYE. CATUJA. BEATRIZ, *siempre de hombre.*

Juan. (*Saliendo.*) Por aqui... por aqui, señoritos!—Ya los tengo á mi lado!

Catuja. Y para qué nos traes aquí, marido?

Marques. (*Aparte.*) Marido!

Beatriz. Pues no es una estravagancia que traiga usted aqui á su muger, despues de haberle presentado otra al señor marques?

Marques. (*Aparte.*) Cómo es eso! dos mugeres!

Juan. Señor mio, para ello tengo dos razones, dos: la primera... y la segunda. La primera es que ya ha estado bastante tiempo mi muger en compañia de usted. (*A Catuja.*) Ya me la pagarás, descuida!— Y la segunda es que quiero una esplicacion que me descubra quién es la otra personita... Y buen lio se va á armar cuando sepa el marques...

Marques. (*Aparte.*) Qué he de saber?

Beatriz. Esa personita... es cosa mia.

Marques. (*Aparte.*) Calla!

Beatriz. Y dónde la ha dejado usted?

Juan. Ay, amigo, amigo! Ha pasado la noche en la alcoba de la marquesa!

Beatriz. Y qué? y yo la he pasado en la de usted.

Juan. En la mia! eso es! Y yo llego al cortijo, abro la puerta, y me encuentro á mi muger mano á mano con él... y los dos remendándome las medias.

Beatriz. Y qué?

Juan. Que es una picardía! ~~seducir~~ engañar á una muger de esa manera, ayudándola á remendar las medias!... Un hombre!

Catuja. (*Aparte.*) Si supiera que es tan hombre como yo! que es la criada de ese calavera que se ha vestido de muger! pero he prometido callar.

Juan. Qué estás ahí gruñendo?—Ay! ahora me acuerdo que el secretario... el que está enamorado de esa buena pieza, me mandó que le esperase aqui de madrugada!... No queiro que os vea. Escondeos ahí. (*Señalando al pabellon.*)

Marques. (*Aparte.*) Diablo!

Juan. Poco á poco.—Bastante habeis estado juntos. (*Cogiendo á Beatriz.*) Dónde meteré á este?—Qué puerta es esa?

Beatriz. (*Mirando.*) El cuarto de baños.

Juan. Pues á los baños. Y tú, Catuja, al pabellon.

Marques. (*Aparte.*) Sea enhorabuena!

Beatriz. Y cuándo he de salir?

Juan. Cuando yo dé dos palmaditas. (*La esconde.*) Y tú aquí. (*La mete en el pabellon y cierra. Catuja, viéndose con el marques, da un grito.*)

Catuja. Ay!

Marques. (*Sosegándola.*) Chit! (*Hablan en voz baja.*)

Juan. Qué es eso? Tienes miedo? No te gusta estar sola, eh? (A buen seguro que hayas gritado esta noche!)— Ahí viene el secretario.

ESCENA III.

DICHOS. DON GONZALO.

Gonzalo. Yo soy.—Vamos, eres puntual!—Escucha.

Juan. Diga usted.

Gonzalo. Ante todas cosas te diré que he descubierto la verdad.

Juan. Ha descubierto usted?...

Gonzalo. Ya sé que has engañado al marques, presentándole como muger á la que no es mas que tu novia.

Juan. Catuja no es mi muger?

Gonzalo. Ella lo ha confesado.

Juan. Lo ha confesado?

Gonzalo. Al caso.—Quieres cedérmela?

Juan. A quién?

Gonzalo. Escucha: esa joven me ha inspirado una violenta pasion; y aunque ha ofrecido casarse contigo.... yo creo que renunciaria sin gran trabajo. Ahora bien, si tú quieres hacerte rico...

Juan. Rico?... vaya si quiero!

Gonzalo. Pues esta es la ocasion... porqué yo estoy resuelto á darte lo que quieras, con tal que me cedas á Catuja. Mira... ahí tienes ese bolsillo lleno de oro!... Yo bien sé que esa cantidad no basta á pagar el bien que vas á darme... pero puedes tener la satisfaccion de decir que me has hecho feliz... que te debo una gratitud eterna.

Juan. (*Aparte.*) Pues no me estoy enterneciendo!—Pero vamos poco á poco: entendámonos. Usted me da estos dineros, si yo le cedo á mi novia?

Gonzalo. Eso es.
Juan. A la que vió usted anoche?
Gonzalo. Esa misma.
Juan. Pues señor... no la puedo ceder! (*Aparte.*) Cómo le he de ceder á ese mocito... y que luego diga este que le he dado gato por liebre!
Gonzalo. Vamos, qué dudas?
Juan. Pues señor, acabemos! Voy á enseñarle á usted mi muger. (*Yendo al pabellon.*) A enseñársela no mas!
Gonzalo. A tu novia, dirás?
Juan. Dale! no señor... á mi muger, á mi verdadera muger.
Gonzalo. Qué enredo es este?

ESCENA IV.

DICHOS. CATUJA. EL MARQUES.

(*Juan abre la puerta y mete la mano: el marques se la da y sale con él: detras viene Catuja.*)

Juan. (*Sacándolo sin mirarlo.*) Aqui tiene usted á mi muger.
Gonzalo. Como! esa es tu muger, pícaro!
Juan. Esta! (*Vuelve y lo ve.*) Ay! ave Maria! pues y mi muger?
Catuja. Aquí estoy.
Juan. Encerrada con el señor marques!
Gonzalo. Esa es Catuja?
Juan. (*A Catuja.*) Cómo es que estabas ahí con el señor marques?
Marques. Este es un jardin encantado. A que si doy dos palmadas sale por aquella puerta un joven?
Juan. Señor!...
Marques. Veamos. (*Da dos palmadas junto á la puerta de los baños.*)

ESCENA V.

DICHOS. BEATRIZ.

Beatriz. Aqui estoy!

Gonzalo. Qué significa esto!

Marques. Señor Juan-juye, vamos pronto esplicando que hay en esto. Su muger de usted no ha sabido decirme quien es esa que me trajo usted anoche. Con que á ver, aqui la verdad!

Juan. (*Aparte.*) Y todavia estan los dos en la alcoba!... qué apuro!

Gonzalo. Con que, Juan-juye, esa es tu muger?

Juan. Si señor.

Gonzalo. Entonces tienes dos?

Juan. Dios me libre! Con una sobra!

Gonzalo. Y la otra Catuja que nos trajiste anoche, está todavia en la alcoba de la marquesa?

Juan. Ay!... si señor! alli está!

Marques. Eh?... por qué dices ay!

Juan. (*Asustado.*) Yo he dicho ay!... no señor!... yo no he dicho ay!... A qué habia yo de ir á decir ay!

Marques. (*Señalando á Beatriz.*) Y ese joven quién es?

Juan. Yo no lo sé!

Marques. Cómo!... ha venido contigo, y no sabés quién es?

Juan. Como usted lo oye.

Gonzalo. Pero la que trajiste anoche, quién es?

Juan. Pues señor, tampoco lo sé!

Marques. (*Furioso.*) Este bribon se está burlando de mi!

Juan. (*Aparte.*) Dios me favorezca!

Marques. (*Trayéndole á un lado.*) Al momento vas á decirme quien es esa muger que has metido en mi casa, ó pobre de tí!

Gonzalo. (*Llevándoselo á otro lado.*) O me dices quién es, ó te ahogo!

Juan. (*Aparte.*) Maldito Cervato!

Marques. Vamos, hablas?

Catuja. (*Aparte al Marques.*) Pregúntele usted á ese joven, que es su criado...

Marques. Su criado! (*Acercándose á Beatriz.*) Vente conmigo.

Beatriz. Qué es esto, señor marques!

Marques. (*Aparte.*) A ver si descubro...—Ven, ven, daremos un paseo por el jardin.—Juan-juye, te perdono lo del Cervato: tu muger, que es muy amable, me ha dado ya pormenores...

Juan. Pormenores!...

Marques. (*A Beatriz.*) Vamos.

Beatriz. (*Aparte.*) No me ha de sacar una palabra! (*Desaparecen ambos por el foro.*)

Juan. (*A Catuja.*) Qué pormenores le has dado al señor marques?

Catuja. Ya empiezas? celoso!

Juan. A ver los pormenores... (*Siguen disputando y paseando por el foro, y luego desaparecen.*)

Gonzalo. Qué es esto, señor!... qué misterios son estos?.., Esa muger que nadie conoce!... cuidado que me suceden á mí aventuras!... cielos!... aqui viene!... tratemos de descubrir...

ESCENA VI.

DON GONZALO. LA CONDESA.

Condesa. Dónde andará Juan-juye?

Gonzalo. Hermosa Catuja!... á qué buscas á un ingrato?

Condesa. Qué dice usted?

Gonzalo. Juan-juye te vende... dice que no eres su novia.

Condesa. Es posible?

Gonzalo. Asegura que está casado con otra.

Condesa. (*Aparte.*) El tonto lo ha descubierto!

Gonzalo. Y en fin, para que acabes de admirarte: acaba de traernos á su muger: aqui está.

Condesa. Catuja está aqui?

Gonzalo. Eh?... que tal?... tú misma lo confiesas! si, no finjas mas: tú eres libre... y serás mia!... si, mia!... aunque el mundo entero se oponga!... aunque mi familia lo repugne. Mia serás ó no me llamaré...

Condesa. Cómo?...

Gonzalo. Cómo?... Alonso... un pobre secretario del marques... que no puede ofrecerte mas riquezas que un corazon enamorado.

Condesa. Pues bien, digame usted, y si yo perteneciese á

cierta clase... cierta clase que hiciera imposible el que yo le diese á usted la mano... apesar de los impulsos de mi corazon...

Gonzalo. Qué clase puede ser esa!... Ah! y olvidarias que cuando yo te he tenido por una pobre labradora, te he hecho la misma oferta, sin mirar mas que tu hermosura y mi amor?

Condesa. (*Aparte.*) Dice bien!... Qué hombre tan amable!... Es mucho compromiso el mio!

Gonzalo. Ah!... tus ojos me responden...

Condesa. Viene gente!... apártese usted!

ESCENA VII.

DICHOS. JUAN-JUYE, CATUJA.

Juan. Gracias á Dios!... (*Azorado.*) Buena hora de levantarse!

Condesa. Majadero!... me ha comprometido usted!

Juan. Yo?... usted si que nos tiene en ascuas!

Condesa. Donde está Beatriz?

Juan. Beatriz!... Quién es Beatriz?... Qué confusion de sexos es esta, señor!... Ya no sé yo si soy hombre ó muger!

Condesa. Me he equivocado!... Preguntaba por mi ayuda de cámara, el que se quedó allá.

Catuja. Por ahí anda con el señor marques.

Condesa. Cielos! ha venido á Granada?

Juan. Usted nos ha comprometido!... irse á pasar la noche con la señora!... Ea, si no quiere usted acabarnos de perder, váyase usted de aqui al instante, caballero!

Gonzalo. (*Que ha oido estas últimas palabras.*) caballero!

Catuja. Si, váyase usted, caballero!

Juan. Por todos los santos y santas, señor!...

Catuja. Váyase usted, señor!...

Gonzalo. (*Llegándose furioso.*) Qué significa esto!

Juan. Adios mi dinero!

Gonzalo. Por qué la llamas caballero?

Juan. Yo se lo contaré á usted; pero que no lo sepa, por Dios, el señor marques!... (*Aparecen en el foro el marques y Beatriz.*)

Condesa. (*Aparte.*) Alli está: que lleve el susto.

Gonzalo. Habla!
Juan. Pues sepa su merced que esta muchacha...
Gonzalo. Esta muchacha...
Beatriz. (*En el foro, queriéndose llevar al marques.*) Vámonos.
Marques. No, no; á pesar tuyo, lo voy á descubrir. (*Prestando el oido.*)
Juan. (*Temblando.*) No es muchacha!
Marques. Cielos!
Gonzalo. No es muchacha... Pues qué es?
Juan. Toma! si no es muchacha... será muchacho.
Gonzalo. Es un hombre!
Marques. (*Llegando furioso.*) Un hombre! y ha pasado la noche con mi muger!
Gonzalo. Con mi hermana!
Todos. (*Menos el marques.*) Su hermana!
Condesa. (*Aparte.*) Cielos! Este es don Gonzalo!
Marques. (*Tirando de la espada.*) Caballero!
Gonzalo. (*Saca la suya y se la da á la Condesa.*) Al momento!
Condesa. (*Acobardada, aparte á don Gonzalo.*) Soy tu prima, la condesa...
Gonzalo. Qué oigo! (*Toma la espada y se pone delante de ella.*) Quieto!... quieto!
Marques. Deja que le mate!... y despues á esa esposa infame!

ESCENA VIII.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marquesa. Aqui me tienes!
Marques. Señora!... Usted sabia sin duda á quién se llevaba á su cuarto?
Marquesa. No lo sabia al principio; pero durante la noche me descubrió el secreto.
Juan. (*A Catuja.*) Y tambien á tí te lo descubriria el otro?
Catuja. Por supuesto!
Marques. Descaro inaudito! (*A la condesa y á don Gonzalo.*) Vamos de aqui! Tú serás mi padrino.
Gonzalo. Iba yo á pedirte que lo fueras mio!

Marques. Yo?... de qué?

Gonzalo. De mis bodas.

Marques. Tus bodas!

Gonzalo. Sí: con tu prima la condesa... que tengo el honor de presentarte. (*La condesa le hace una profunda reverencia.*)

Marques. Qué es esto!

Marquesa. (*Riendo.*) Aun no lo adivinas?—Me creias capaz?

Marques. Ah! qué chasco! Perdona, Leonor mia!

Juan. (*Que desde el reconocimiento de la condesa se ha puesto á mirar cara á cara á Beatriz, como queriendo investigar que es, la dice de repente.*) En qué quedamos?

Beatriz. En que soy Beatriz, doncella de la señora condesa.

Catuja. Ya lo sabia yo desde anoche!

Juan. Hola! lo sabias?... Señal que lo averiguaste!

Marques. Me han dado ustedes un susto!...

Condesa. Hola! con que has pasado susto? (*Trayendo aparte al marques y á don Gonzalo.*) Pues si continúas en la maña de cazar en vedado, ten entendido, primo mio, que donde las dan las toman. (*Echando una mirada maliciosa á don Gonzalo.*) A tí te lo digo mi suegro...

Gonzalo. (*Besándola la mano.*) Ah, fidelidad eterna!

Entiendolo mi marido

Puesto que soy la encargada
como esposa afortunada
de participar mi gloria...
¡alcance doble victoria
consiguiendo una palmada!